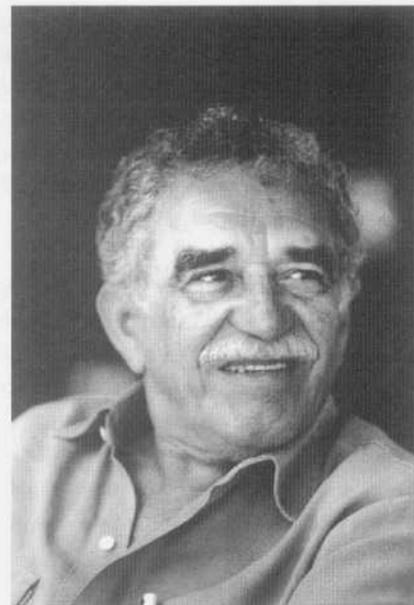


A GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ¹ RESPETUOSAMENTE

Arturo Díaz Alonso



Siempre estuvo claro que yo no tomaba como verdaderas, a pesar de que lo eran, las historias que me contaba mi madre y, desde luego, ella no aspiraba a que yo creyera como ciertas las apariciones de la *Xtabay* bajo las ceibas para seducir con su belleza a los caminantes mientras se peinaba, y enloquecerlos después, cuando veían sus *moches* de guajolote o sentían su cuerpo lleno de espinas.

Esas historias eran verdad pura, intercambios maduros entre una madre y su hijo; por eso invertíamos el tiempo en las narraciones, yo no perdía palabra y mi madre no se equivocaba; pues como García Márquez, no aceptaba seguir con otro párrafo hasta que estuviera perfecto el que la ocupaba. Oíamos radio novelas pues no teníamos televisión, y eso hacía que yo preguntara y ella diera una respuesta literaria completa, me gustaba sobre todas la historia de su prima Marucha, afortunada en el amor y en los juegos, señora feudal y coqueta que sólo tuvo dos problemas en toda su vida, según decía mamá.

Gracias a esas narraciones de mi madre en mi tierna infancia, cuando leí *Cien años de soledad* de inmediato entendí que Adán y Eva, expulsados del paraíso por contravenir la ley, habían sido arrojados al mundo Macondo, donde tenían dos hijos: uno bueno y uno malo; allí se cuentan las vidas de sus sucesivas generaciones y todo termina arrasado por el viento del Apocalipsis.

Como ante las narraciones de mi madre, García Márquez y yo-lector forjamos un acto de madurez amorosa y los dos sabemos el alcance de nuestras creencias. Para las narraciones no hay tiempo que perder. Estoy seguro de que mi madre era mejor, pero nunca tuvo el valor de considerarlo e irse a vivir a París y pasar hambre con tal de narrar y nunca hubiera ido de huipil a recoger su Premio Nobel, como aquél fue de guayabera. Por valiente, porque declara su necesidad de afecto y lo busca, quiero más a García Márquez, él escribe para que lo quieran sus amigos y los lectores nos volvemos sus amigos fácilmente. Mi madre nunca escribió una línea porque se quería sola.

Supe de la existencia de Gabriel García Márquez en el esperanzador y aciago año de 1968; una crónica en la sección cultural de *El Universal* narra la reunión de un grupo de intelectuales en la librería *El Sótano* para hablar de *Cien años*

de soledad, al que se referían literal y literariamente como El Quijote de los tiempos modernos. *El Sótano* estaba en la hoy extinta avenida Juárez, que el 85 en su furia se llevó, en el bello edificio art-decó de monumentales puertas de bronce llamado San Antonio; la librería se ubicaba debajo de un restaurante llamado Tibet Hamz.

La crónica a la que me refiero ha de haberse publicado en mayo. Decidí ir a la librería *El Sótano* y comprar *Cien años de soledad*, que me sedujo desde su pasta rústica que había visto sin interés en otras librerías, por no saber lo que encerraba. Un diseño de Vicente Rojo, con letras como de lotería de pueblo, provisionales, hechas con estarcidor y con una “E” volteada. Sobre el fondo blanco dibujos azules y letras rojas. Fue como conocer el hielo de mano de mi padre.

Yo trabajaba como auditor, tenía 23 frescos años, había concluido mi carrera y preparaba con desgano, por mi falta de vocación para la auditoría y mi gran entusiasmo por la filosofía, una tesis. Era lo suficientemente viejo, a mi edad, para no lanzarme de inmediato a leer aquel libro que me interesaba como un bello objeto más. Pedí que lo envolvieran en papel de estraza —bello nombre para un bello papel que complementaba la portada de V. R.— y decidí no leerlo hasta que concluyera aquella tesis. Sobre el papel de estraza escribí con mi letra Palmer, que hoy el tiempo se ha llevado de mis manos, las trece acciones que me faltaban para terminar la susodicha tesis, y las fui realizando como artista, tachándolas una a una al concluir las. La inquietud por conocer el libro de García Márquez, que después consideré prodigioso, fue poderoso y bello estímulo.

Si algo recuerdo es lo viejo, por excesivamente responsable, que yo era a los 23 años. No era el joven

¹Este trabajo lo escribí en mayo de 2007 para proponer a Gabo como doctor *honoris causa* de la UNAM, consciente de que, después del Premio Nóbel, no podría aceptarlo. Para la corrección conté con el apoyo de Adriana Reggiani.

convencional de aquellos tiempos, bien fuera metido a edecán, vestido de payasito, de los juegos olímpicos, ni líder del movimiento estudiantil, aunque era promotor ardiente del mismo; había dejado de ser dos años antes estudiante universitario activo, era simplemente Casi Contador Público y tenía que trabajar para ganarme la vida y la de mi familia.

Entregué mi tesis el día en que empezó el conflicto del 68: el 26 de julio, aniversario de una revolución que amamos. Para festejar la entrega me fui con mis cuates a la Zona Rosa y luego al Cine Bucareli; a la salida de la función vimos vidrios destrozados regados por el suelo, seguramente resultado de algún disturbio impreciso y todavía innominado. Esa misma noche, acostado en mi cama, desarrollé mi libro de *Cien Años de Soledad* y lo amé para siempre.

Después se lo di a mi madre, como Úrsula ya muy ciega entonces, pero con gran capacidad para leer todavía, y lo pudo seguir perfectamente. Gabriel García Márquez siempre ha sido comprensible para sus lectores, yo no he tenido necesidad de preguntarle nada, no he tenido que interrumpirlo. Cualquiera empujece ante su prosa. A nosotros nos engrandece comprenderlo, no es cualquier cosa entender a un Premio Nóbel y uno de los autores más leídos de la historia. Nos abrió el mundo del *boom* al que yo sigo amando por ser la joya que es. Aprendí a leer Latinoamérica con Gabriel García Márquez: leí a todos y a todo Gabo. Leí las novelas y los cuentos de Isabel, El Coronel, y cuando aparecieron, El Otoño, Eréndira, El general...

Todo lo desató la frase que sabemos: “Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento”, que es como *Rosebud*, como el infarto de *Ocho y medio*, o más sencillamente, como *me cansé de rogarle*. Esos son los buenos principios, no requieren explicación ni se basan en otros principios.

Los finales de Gabo no los tiene nadie. En no más de cuatro días que tardé en leer *Cien años de soledad*, pude estar en el viento en el que supe que lo ahí escrito era irreplicable desde siempre y para siempre. Posteriormente, me sorprendería el perfecto final de *El Coronel no tiene quien le escriba*: mierda es palabra que libera. Como buen capricornio, Gabriel García Márquez está pegado a la tierra, pero es un gran mago, la esencia de la magia es hacer mucho con poquito: con palabras concretas y bien pensadas nos ha dado un mundo enorme.

No me gustan las películas basadas en la obra García Márquez, porque las imágenes de su prosa son tan ricas que no pueden reducirse a la visión de un fotógrafo. Sólo me gusta *María de mi Corazón*, con la María de mis entretelas,

María Rojo —de todos los colores el rojo y de todos los rojos María. Es una película que mete a uno en una pesadilla, en un infierno, en lo que puede hacer el orden psiquiátrico, en lo que puede producir todo orden mal entendido. Cuando muchos años después de leerlo, con mis palabras, se les conté a mis alumnos, ellos aplaudieron.

Amar a García Márquez es amar a todo un Premio Nóbel, amar el misterio de la condición humana, hay que amarlo a conciencia. Amo a Gabriel García Márquez por lo mismo que amo a Rulfo, a la Callas, a Cortázar o al Che, por su “voluntad que han pulido con delectación de artista”, por su altiva humildad para llegar a donde nadie ha llegado. Porque necesitan que alguien como yo los ame, como amo a Marilyn o a José Alfredo.

Ha escrito novelas, cuentos, y ensayos, es un periodista, no dice mentiras, es como tu sangre en la nieve, como los doce rosarios, como la ceguera de Úrsula, hay que ser muy hombre para poder escribirlos; amar mucho a las palabras y la corrección para encontrar los títulos; cuando uno se rasura hay que creer en la pava, pero no ser supersticioso, buscar el título para que sólo salga el amor en tiempos del cólera y tener un laberinto para volver a repetir. Su ritmo maravilloso hace pensar en la muerte de Rocamadur, en la carrera de caballos de Ana Karenina, en la degradación de Madame Bovary, en el crimen de Raskolnikof, en Mozart, en Pérez-Prado (a quien los universitarios nunca perdonaremos que un mambo digno de ser escrito por Gabriel García Márquez, se lo dedicara al Politécnico).

Libremente lo he propuesto como Doctor *Honoris Causa* por lo más sagrado que tengo que es la UNAM, aunque no aceptará, lo sé. Los doctores investigan y si él algo ha hecho es investigar en su alma, que es la de todos, para saber cómo somos. Me gusta que sea un hombre bueno, un hombre triunfador, un amante de México, me gustan sus gustos.

Bendito el día en que, oportunamente, leí aquella crónica de *El Universal* que me llevaría a Gabriel García Márquez, a todo lo que me ha dado por siempre y para siempre. Yo me entero tarde de todo, pero Gabo, el enorme Gabo, llegó en el momento en que lo necesitaba. ☒

Arturo Díaz Alonso (Ciudad de México, 1945). Mexicano, Contador Público, Maestro en Urbanismo y pasante de Filosofía por la UNAM. Es profesor e investigador de la Facultad de Contaduría y Administración de la UNAM, de la cual fue director durante ocho años. Ha sido coordinador académico y conductor de diversos programas de televisión, el más reciente “Ética en los Negocios” y ha dictado más de 300 conferencias en diversas instituciones del país y de América Latina. Fue presidente de la Asociación Nacional de Facultades de Contaduría y Administración y de la Asociación Latinoamericana de Facultades y Escuelas de Contaduría y Administración, de la cual es Presidente Honorario. Ha sido designado huésped distinguido de la Ciudad de la Habana. Este trabajo lo escribió en mayo de 2007 para proponer a Gabo como doctor *honoris causa* de la UNAM, consciente de que, después del Premio Nóbel, no podría aceptarlo. Para la corrección contó con el apoyo de Adriana Reggiani.